

LOS ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA

EDUARDO HARÓ TEGGLEN

EL Presidente Carter ha dicho: "Estados Unidos apoyará los esfuerzos de nuestros amigos para reforzar las instituciones democráticas en Europa, particularmente en España y Portugal". Es inquietante si se tienen en cuenta los antecedentes históricos de los pueblos a los que Estados Unidos ha "apoyado" en los últimos años, empezando por Grecia (doctrina Truman, 1947) y llegando en nuestros días al Líbano, no sin haber pasado por Vietnam y Chile. Hay ayudas atroces. Los últimos cuarenta años de la Historia de España muestran también una posición constante de los Estados Unidos con respecto a la situación de la democracia en España.

La frase de Carter en la Asamblea General de las Naciones Unidas ha sido seguida, pocas horas después, del anuncio oficial hecho por Washington de que el presidente Suárez ha aceptado una invitación oficial del Presidente de los Estados Unidos, y que visitará ese país a partir del 29 de abril. Es decir, en las vísperas de lo que debe ser la campaña electoral en España. Es un espaldarazo. Es incluso una toma de posición. El viaje, según parece, se debe a una iniciativa española que al principio encontró alguna oposición por parte de los Estados Unidos: lo debió plantear el ministro de la Presidencia, señor Osorio, durante su estancia en Washington, y ha insistido en su celeridad el ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja. "El Gobierno norteamericano parece que no dio ninguna respuesta definitiva en aquel momento (acababa de llegar al poder) y prefirió esperar a que se aclarase un poco la situación en España" (Felipe Sahagún, corresponsal en Nueva York de "Informaciones"); "El Departamento de Estado había asegurado que prefería los meses de junio o julio, posteriores al proceso electoral" (corresponsal de "Diario 16"). Hay por lo menos tres tendencias principales en los hacedores de la política exterior de Washington. El grupo conservador apoyaría a Alianza Popular—extrema derecha—, que le parece mejor garantía "contra el comunismo" y en favor de los grandes negocios, de las multinacionales y de las inversiones de capital extranjero. Se ha dicho ya que Fraga es un "hombre de la CIA": Fraga lo ha desmentido rápidamente. Pero hay numerosos indicios de que los grandes medios conservadores, y la CIA

misma, consideran necesario apoyarle como un futuro jefe de Gobierno fuerte, capaz de mantener una situación de "ley y orden" y de sujetar a los españoles en lo que ese grupo considera una posible aventura.

Un grupo opuesto, con bastante influencia en el Senado y en la Casa Blanca, el de los demócratas más abiertos, consideraba o considera aún que el tránsito español a la democracia es todavía imperfecto, que no es suficiente: desconfía de la reforma; entiende que la estructura española está todavía en manos de una extrema derecha no parlamentaria; se escandaliza de las prohibiciones de actos de la izquierda. Este grupo, como el anterior, pero por razones opuestas, presionaba para rechazar una toma de posición de los Estados Unidos antes de las elecciones. Creía, y cree aún, que la mejor manera de respaldar el regreso de España a la democracia debía consistir en mantener una actitud de reserva y expectación hasta que se cumpliera la institucionalización precisa y las condiciones de vida necesarias como para considerar al país instalado en una democracia y no sólo en un estado de transición.

Este grupo debía pesar notoriamente sobre Carter, que representaba la tercera tendencia: la que ha triunfado. El apoyo al Gobierno español actual y, concretamente, al presidente Suárez. Con alguna reserva verbal. Uno de los portavoces del Departamento de Estado ha comentado la invitación y la frase del Presidente en este sentido: "El Gobierno norteamericano desea que España termine pronto su transición democrática y pueda comenzar a afianzar sus instituciones en un marco nuevo de libertad y respeto a los derechos humanos". Es una forma de admitir que no hay pruebas suficientes de que ya suceda así, "pero es muy difícil cambiar de la noche a la mañana situaciones que se han mantenido por décadas", según otro portavoz. El Gobierno norteamericano, por lo tanto, apuesta por el señor Suárez. Algunos acontecimientos simultáneos han debido precipitarse para permitir a Carter la toma de posición. Por ejemplo, la llamada "ampliación de la amnistía" y el anuncio de la Ley Electoral, que, sin embargo, todavía no se ha hecho totalmente pública. El moderado optimismo con que la izquierda española recibió las medidas de gra-

cia, la satisfacción abierta y expresada por los partidos acerca de lo que se sabe de la Ley Electoral, han debido ser de gran auxilio al Gobierno de Estados Unidos: más aún, la cesión de relaciones con Méjico del Gobierno de la República Española en el exilio, que se ha mantenido en precario durante treinta y ocho años. Una vez más, nos encontramos con las fuerzas democráticas españolas legitimando al Gobierno Suárez, que es tan remiso para legitimarlas a ellas.

La frase y la actitud de Carter respecto a España y Portugal están contenidas en un discurso largo y minuciosamente preparado. Era su primer discurso ante las Naciones Unidas y debía estar lógicamente destinado a lo que se considera su "filosofía" de la situación mundial: el renacimiento de los derechos humanos. "Todos los firmantes de la Carta de las Naciones Unidas—dice el final de su discurso— se han comprometido a observar y respetar los derechos humanos básicos. Por consiguiente, ningún miembro de las Naciones Unidas puede mantener que el mal trato de sus ciudadanos es únicamente un asunto interno. De la misma forma, ningún miembro puede evitar sus responsabilidades para denunciar en cualquier parte del mundo la tortura o la privación de libertad injustificada". Es su tema, es el tema maestro de su inauguración presidencial. Hay que suscribirlo, hay que apoyarlo, pero, naturalmente, no hay que hacerse ninguna clase de ilusión. Estamos—todos— muy lejos de los centenarios derechos del hombre y del ciudadano.

La manera de escribir la defensa de los derechos humanos frente a la URSS es, visiblemente, un arma, una visión parcial del mundo. Los derechos humanos están violados en la URSS por un sistema, y en los Estados Unidos, por otro contrapuesto. Lo que sucede es que cuando consideramos a los Estados Unidos, en cuyo sistema vivimos, nos parece que la situación es "normal"; es decir, que una forma despiadada del liberalismo económico arroja al infierno legal a millones de personas. Los habitantes del Bronx, del Harlem negro o del Harlem español, en Nueva York, están legalmente desprovistos de los derechos humanos, del derecho a la dignidad y a la vida de personas. No les basta con tener derecho a voto y libertad de expresión: la maquinaria es opresiva de otra mane-

ra. Nos lo están contando todos los autores de aquel país, desde el primer Dos Passos y el primer Steinbeck hasta los dos Miller—Henry y Arthur—, o Norman Mailer o Burroughs. No hay que viajar más lejos que al centro de Madrid para ver una comedia como "Los hijos de Kennedy" o una película tan opresiva y tan desesperada como "Taxi Driver". Con la cabeza puesta en un ideal, los pies del gigante se han hundido en el lodo de una sociedad injusta en la que la "lucha por la vida" destroza a los más débiles: débiles por nacimiento, por determinación de una sociedad. Fue ese tipo de sistema el que quiso abolir la revolución soviética—después de la Revolución francesa—: que ello haya dado lugar a la catástrofe staliniana y al sistema cerrado que conocemos, y a otras violaciones de la dignidad humana, no debe engañarnos en la presentación de unas sociedades "libres" contra otras sociedades "oprimidas", y lo menos que se puede decir es que el Presidente Carter es más bien modoso y poco explícito cuando dice que "a veces"—*et times*— la situación de los derechos



Carter, en la ONU, flanqueado por Cyrus V. Vance y Andrew Young ante esa organización internacional, Andrew Young de Washington

humanos no ha sido ideal en los Estados Unidos y que mantiene su determinación de enfrentarse "con sus deficiencias rápida y abiertamente". Son algo más que deficiencias: son consecuencias de un sistema que no tiene gran voluntad de cambiar.

Los cuatro puntos expuestos por Carter no pueden sobrepasar el idealismo. El primero es el de esforzarse por conseguir la paz "en las áreas perturbadas del mundo"; el segundo, "buscar agresivamente" el control de las armas de guerra; el tercero, promover "un nuevo sistema de progreso y cooperación en la economía internacional"; y el cuarto, actuar velozmente "en nuestra dedicación a la dignidad y el bienestar de las gentes en todo el mundo". "Creo que es una política exterior consistente y coordinada con los valores históricos de América y con sus compromisos. Creo que es una política exterior que está en consonancia con los ideales de las Naciones Unidas".

¿Va a cambiar Carter los Estados Unidos? No parece que esté en sus manos. Ciertamente sus dos grandes precedentes demócratas en la Presidencia consiguieron el "estilo" nuevo: Roosevelt y Kennedy. Llegaron en grandes circunstancias históricas: al primero le correspondió la liquidación de la crisis económica, y lo hizo con un programa que se alejaba del liberalismo económico clásico para entrar por primera vez en la historia de la nación con un sistema de intervención del Estado que, de haber sido seguido, hubiera llegado hasta fórmulas socialistas, y le correspondió también hacer entrar en la guerra a Estados Unidos con el idealismo

original de un combate por la libertad frente al nazismo: las grandes derechas del mundo no le perdonaron nunca esas dos actitudes, y la de su país obtuvo de la segunda los mejores beneficios de su historia, para regresar a una forma de liberalismo crudo y de imperialismo sin límites. Kennedy tuvo la circunstancia histórica de salir de la posguerra, que aún mantenían Eisenhower y Nixon, y, sobre todo, de la guerra fría, y quiso llevar el humanismo presidencial a sustituir los regímenes dictatoriales impuestos por sus predecesores en todo el mundo, que les era sometido por regímenes democráticos, y no tuvo tiempo para hacerlo. No hay que suponer que Carter sea de la calidad política de estos dos grandes predecesores. Pero no hay que precipitarse tampoco a suponer que su designio no sea, en realidad, el que proclama. Su deseo de convertirle en personaje de la Historia le puede llevar por ese camino, y la necesidad de la política de Estados Unidos, tras la revolución del Watergate, también. No olvidemos que los grandes intereses y los círculos de poder se siguen inclinando en Estados Unidos por la vía del imperio y por la de un liberalismo triunfante en la Guerra de Secesión que es implacable para con los débiles. Ese entramado sigue siendo el más fuerte del país.

Dentro de las coordenadas históricas en que se mueve el Imperio americano, la decisión de "proteger" el suarismo es, sin duda, la más lógica. El suarismo, por su parte, no deja de jugar la carta de los Estados Unidos desde que alcanzó el poder, sino desde antes. Washington debe entender —por lo me-

nos, el sector presidencial que ha jugado la carta— que una España del conservadurismo cerrado que proponen los hombres de Alianza Popular no es viable en el contexto mundial y que probablemente produciría una larga situación de inestabilidad en el país. El "centrismo" del señor Suárez sería la pausa larga que necesita el país para recuperar una identidad política perdida en los años de la dictadura: una democracia en la que, aun con la legalización del Partido Comunista —que no parece combatida por Washington, o sea por el Presidente Carter—, pero con un reflejo de "ley y orden" suficiente, puede llegar a estabilizar la nación, en comunidad estrecha con el Portugal de Soares, que goza de la mayor parte de las bendiciones europeas.

La habilidad con que el presidente Suárez y su inteligente y novetizo ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja, han sabido llevar a Carter a pronunciar esta frase dedicada a España y a Portugal en un discurso donde apenas ha pronunciado otros nombres propios de naciones —salvo China y la URSS, para referirse al control de armamentos y al equilibrio mundial—, y, sobre todo, a la aceptación de la visita del presidente del Gobierno en fecha inmediatamente anterior a la campaña electoral, es un éxito trascendental en la política exterior e interior de este Gobierno: sobre todo, en la política interior. El señor Oreja puede estar satisfecho de la larga campaña de "legalización" del régimen en los círculos exteriores, notablemente en toda Europa occidental —con las reservas de algún país nórdico—, completada con el establecimiento de relaciones diplomáticas plenas con la URSS, a pesar del episodio intrascendente del "espía industrial" descubierto y expulsado en un momento oportuno. El restablecimiento de relaciones con México no tiene una exagerada importancia desde un punto de vista práctico, puesto que las relaciones comerciales y de otra índole se vienen produciendo con gran regularidad y normalidad por medio de agentes y representantes; pero la tiene, de primera magnitud, en el campo de lo simbólico: la única nación del mundo que mantenía una postura de reserva y abstención activa con respecto al régimen español (las naciones comunistas estaban deseando entablar relaciones, que no conseguían solamente por la oposición interior de la ultraderecha española) ha modificado totalmente su posición; es decir, ha considerado finalmente que el régimen español no es ya el mismo con el que nunca quiso tener relaciones diplomáticas, mientras creía en la legalidad de los republicanos españoles del exilio. Este símbolo y la ayuda activa de los grandes Gobiernos europeos son trascendentales en la situación política de Suárez y del actual régimen español. Y, sobre todo, en el desarrollo de las elecciones. ■

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

D. Harvey

Urbanismo y desigualdad social

E. Balibar

Sobre la dictadura del proletariado

N. Poulantzas

Las clases sociales en el capitalismo actual

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

J. Sigmann

1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa

J. A. Durán

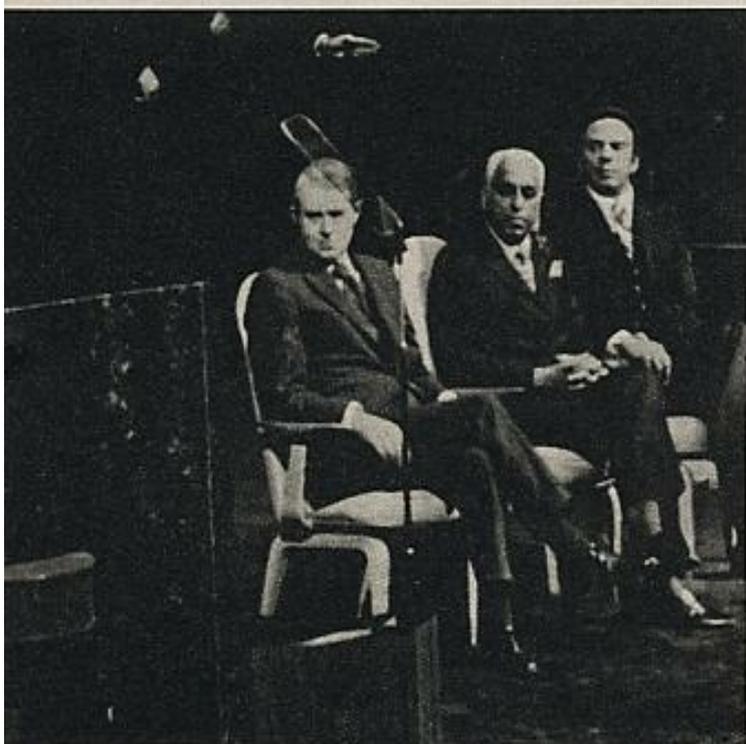
Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)

HISTORIA DE LAS RELIGIONES SIGLO XXI

Vol. 1. Las religiones antiguas. I

Vol. 2. Las religiones antiguas. II

CALLE PLAZA, 5 - MADRID - 33
Tels. 759 48 09 - 759 49 18 - 759 45 57
ESCORNALBOU, 12 - Tel. 235 22 08
BARCELONA - 13



En la foto: el presidente de la Asamblea, Shirley Amerasingh, el embajador norteamericano Young. Las palabras del Presidente norteamericano, seguidas de la invitación oficial a Suárez, representaron un espaldarazo para la Reforma.